

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL DE LA GUERRA

Al borde de la guerra con Japón, en diciembre de 1941, los estrategas norteamericanos estaban convencidos de que su país, a fin de cuentas, y aunque fuera con trabajo, y aun mucho trabajo, acabaría por derrotar al Japón, en el caso cada vez más inminente de que llegara a estallar una guerra en los dos países.

El jefe de operaciones navales estadounidense, almirante Harold Stark, explicó las razones de este optimismo al embajador del Japón: “mientras ustedes pueden alcanzar la victoria inicial, debida a *timing* y sorpresa, el tiempo va a llegar inevitablemente en el que ustedes también sufrirán pérdidas, pero habrá una gran diferencia entre ustedes y nosotros: ustedes serán incapaces de reemplazar sus bajas, y se volverán más y más débiles conforme vaya pasando el tiempo, mientras nosotros no solo vamos a poder reponer nuestras pérdidas, sino vamos a hacernos más y más fuertes conforme vaya pasando el tiempo. Es inevitable que nosotros los trituraremos antes de acabar con ustedes”.

El argumento de Stark, impecable, digno de Sun Tzu, es en verdad profético y describe lo que de hecho fue sucediendo cuando la guerra tuvo lugar. Algo parecido sucedió en el frente ruso. En ambos casos se siguió la misma imbatible estrategia: cuando un bando tiene

significativa superioridad numérica y de recursos materiales sobre el otro, lo que más le conviene es extender el frente lo más posible. La razón es que al extender el frente se adelgaza inevitablemente la línea y el bando con menos soldados y material bélico se ira debilitando más y más y las derrotas irán cayendo.

La invencible estrategia americana estuvo así sustentada en la aplastante superioridad material que siempre ostentaba. Cuando Rommel vio avanzar los tanques americanos, nuevecitos, al final de las Batallas del Desierto, y comprobó su calidad y buena hechura, anotó en su diario que sintió que la guerra estaba perdida.

Cosa semejante a lo que vamos diciendo le profetizó Winfield Scott a Lincoln cuando hablaron, antes de que estallara la Guerra Civil, en el siglo XIX. Le explicó que la guerra sería larga, sangrienta y difícil, pero que el Norte acabaría ganando por la sencilla razón de que tenía más recursos industriales y más hombres.

Y así fue siempre hasta un momento en que la estrategia, tantas veces infalible, fracasó, el aparato bélico se quebró los dientes y el orgulloso ejército americano conoció el sabor de la derrota.

¿Fueron los mal armados y peor nutridos muchachos del Vietcong?, ¿fue la selva o los muy adiestrados y brillantes estrategas comunistas?, ¿o todo esto junto?

No, no fue eso, aunque claro que pesó en el balance de la guerra. Lo que

no sabían los estrategas americanos es que el pueblo en armas, si está resuelto y organizado, es invencible. Porque ¿cómo lo derrotas?, ¿qué quiere decir derrotarlo? La palabra “victoria” pierde sentido en este caso. ¿Qué podría querer decir?, ¿que los matas a todos? ¿Una gran masacre o ese horrendo “los sitia-dores entraron a ciudad, la saquearon y quemaron y dieron muerte a todos los hombres, y a las mujeres y los niños los redujeron a esclavitud” común en la antigüedad? Algo de eso quedó en la barbarie de los nazis o de Pol Pot, pero al parecer está fuera del alcance de los norteamericanos.

¿Entonces? Entonces en materia de estrategia, ahí fue donde a los americanos se les cayó la brújula al agua. Se precisa un nuevo pensamiento militar. Sin embargo, si contemplamos las lamentables incursiones en Iraq y Afganistán no aparece por ningún lado. En Iraq no avanzan un paso y dejan en su retirada, además de muertos y destrucción, una guerra civil en ciernes. Y que los americanos no parecen haber aprendido nada en las selvas de Indochina, se deja ver en que han gastado billones de dólares en Afganistán y lo que han logrado es que ahora, después de siete años, los talibanes se alcen cada día más fuertes.

Rubrico estas reflexiones con una fábula atroz narrada en el periódico. Los hechos se desarrollan en el interior de Iraq, una ciudad llamada, en el diario, Samarra, y dice así: cuando se inició la ocupación americana de Iraq, Hamid

Ahmad se animaba exultante y lleno de esperanza: hablaba algo de inglés, era oficial de la fuerza aérea iraquí y bajo Saddam Hussein había sufrido cárcel. Pronto consiguió trabajo en las fuerzas americanas de ocupación. Su sueño era, claro, alcanzar la posibilidad de irse a vivir con su familia a Estados Unidos.

Pero nada resultó como planeaba. Siete años después Hamid Ahmad cayó asesinado a tiros por su propio hijo Abdul Ahmad, de 32 años, quien poco a poco se había ido radicalizando hasta acabar sentando plaza entre los acérrimos y violentísimos fundamentalistas musulmanes de allá.

“Trabajaba con los americanos y nadie lo quería, por eso lo maté”, declaró el asesino. Seis tiros le asestó a su padre. —

— HUGO HIRIART

MEMORIAS PURIFICACIONES PRELIMINARES

Los trabajos diversos, estadísticas, papelotes, pero después hago un ejercicio preliminar. Podría definirse como un ejercicio de purificación. El pretexto, el primer impulso, me lo da, como debe ser, un poeta, Diego Maquieira. Despreciar a los poetas, o ignorarlos, como suele ocurrir entre nosotros, a pesar de los eslóganes vulgares (país de poetas, etcétera), es un punto de partida equivocado, que nos conduce a callejones sin salida. Entendamos a los activistas, a los hombres de números, a los dueños de la racionalidad en estado puro, pero pongamos atención por un momento en los lenguajes no instrumentales, abiertos, altamente gratuitos. Diego me hizo una visita final, espontánea, cuando mi casa ya había sido desmantelada a medias por los hombres de las mudanzas, y me regaló un libro, las *Memorias* de Balthus. No todos saben quién es el conde Balthazar Klossowski de Rola, nacido en París en los primeros años del siglo XX, hijastro durante parte de su adolescencia de Rainer Maria

Rilke, y conocido en la pintura del siglo, mal conocido, en un comienzo, y después archiconocido, considerado por Pablo Picasso como el único que podía encontrarse cerca de su órbita, como Balthus. En su autobiografía, Balthus nos relata en capítulos breves, incisivos, apretados, un camino de purificación, de acercamiento paciente, a la belleza y al misterio del universo. Era un hombre obstinado, sencillo, riguroso, que desconfiaba de las modas, que descubrió un territorio propio y que profundizó en su pintura sin hacerle concesiones a nadie: un solitario y a la vez un hombre de mundo en el más amplio sentido de la palabra.

Sigo por otro lado, desde otra perspectiva. Allá por el año 62 o 63, en sectores de la ribera derecha del Sena, entré a una galería de arte importante, aunque no demasiado frecuentada en aquella época, y me encontré con una pintura claramente contemporánea, pero que me pareció, sin embargo, diferente a todo. Eran adolescentes de rasgos más bien gruesos, estilizados a su manera, en interiores que tenían algo de magia y de intemporalidad, entre cojines de cretona, ventanas más o menos esfumadas, grandes gatos de mirada fija, sombras de personajes que transitaban por la calle o que se movían en las habitaciones vecinas. La crítica hablaba del erotismo de los ambientes de Balthus, pero me pareció que no acertaba, que no daba en el clavo exacto, y las páginas de estas memorias han venido a confirmar mi impresión después de alrededor de medio siglo. Balthus pintaba el enigma de la adolescencia, el ensueño, el paso de una situación a otra: hacía una pintura que él mismo llamaba de pasaje, y donde lo esencial era entrar en el enigma y encontrar otras cosas. Me acuerdo de niñas semidormidas en un sofá, de otras, muchas, absortas en la lectura, de gente que caminaba por una callejuela, en una dirección y en la dirección contraria, y que adquiriría, no se sabía cómo, una condición espectral, a pesar de su evidente y hasta excesiva carnalidad. Mientras escribo estas líneas, me digo que Botero, el colombiano, podía haber



Le passage du commerce Saint-André, de Balthus.

partido de las figuras de Balthus para inventar sus personajes y sus animales obesos. Son personajes de la redondez, de la gravidez, amigos de Don Carnal, pero no necesariamente enemigos de Doña Cuaresma. Balthus, hombre declaradamente religioso, católico a la polaca, acentuaba en el caso suyo el lado de cuaresma, de ascetismo, de profunda indiferencia frente a las frivolidades de la sociedad. Vivió siempre en grandes caserones de Suiza o del sur de Francia, en paisajes de montañas, y se mantuvo a prudente y categórica distancia de los ismos de su siglo. Detestaba el surrealismo y no entendía bien la abstracción. ¿Por qué Mondrian, preguntaba, que pintaba árboles y paisajes con la mayor de las maestrías, terminó dedicado a pintar cuadrados como un obseso? A mí me encantan los cuadrados de Mondrian, que parecen monótonos y son de una variedad extraordinaria, y no conozco su pintura figurativa, pero me ocurre que las palabras de Balthus tienen el respaldo extraordinario de su obra, y esto es algo que hay que tomar en cuenta.

A Balthus no le gustaba nada un concepto inherente a la vanguardia estética europea: el del arte fundacional, el del artista que comienza de cero. Si leemos los manifiestos de nuestro Vicente Huidobro, comprobamos que él estaba convencido de ser el primer poeta que hacía su aparición en la faz de la tierra, después de generaciones de simples imitadores y reproductores. Ahí residía

la esencia de aquello que él llamaba creacionismo. No había que cantar a la belleza de la rosa sino hacerla florecer en el poema. El deber del poeta —pequeño dios— no era entonar la alabanza de la lluvia sino hacer llover. Balthus era un enemigo exaltado de estas actitudes. El artista, según él, tenía que someterse a fuerzas superiores y ayudar a que la belleza, necesariamente anterior a él, de origen divino, se revelara. Por eso amaba a los grandes pintores del pasado y trataba de entender a fondo y desarrollar lo que habían logrado ellos: Piero della Francesca, Giotto, Nicolas Poussin. Su gran maestro moderno era Paul Cézanne y su gran amigo contemporáneo, Alberto Giacometti, suizo, dicho sea de paso, y

figurativo en el dibujo y en la escultura. Un hermano suyo, Pierre Klossowski de Rola, fue uno de los escritores más notables del siglo XX francés y terminó su vida dedicado a pintar. Balthus le tenía gran afecto, pero estaba en desacuerdo con él en casi todo. Detestaba su extravagancia, su curiosidad perversa, los experimentos sadomasoquistas que armaban la trama de sus relatos. Me acuerdo ahora de una noche eufórica en el Boulevard de Belleville donde comimos un cuscús en un restaurante marroquí, con abundante acopio de vinos magrebíes, en compañía de Raúl Ruiz y Valeria y de Pierre Klossowski y su todavía interesante esposa. Klossowski tenía bastante más de ochenta años y había pasado ya de la literatura a la pintura, como si el erotismo, en el caso suyo, estuviera confinado al arte de la palabra y él hubiera tenido que dejarlo atrás. Su humor era extraordinario y también lo era su capacidad de ingerir cordero, zapallo, papas y otros ingredientes, todo regado con vinillos del norte de África. Ahora leo que Balthus, en esos mismos años, vivía en un caserón suizo lleno de ventanas, solitario, con un fondo permanente de música de Mozart, y acompañado por su bella y sensible mujer japonesa, Setsuko. En las tardes, los campesinos del lugar solían verlos pasar en la distancia, frágiles, vacilantes, vestidos de largos quimonos de seda. Balthus y su hermano Pierre eran dos extremos, dos antípodas, dos posibilidades contrapuestas del fascinante universo estético del siglo pasado. —

— JORGE EDWARDS

IN MEMORIAM

TONY JUDT (1948-2010)

Tony Judt ha sido uno de los historiadores más brillantes de nuestra época. “Tenía la infrecuente habilidad de ver y mostrar una imagen global y, al mismo tiempo, ir al corazón del asunto”, ha dicho Mark Lilla. Poseía un apabullante conocimiento de la historia europea reciente, un gran



Foto: Melanie Flood

pulso narrativo y era un polemista formidable. Nació en una familia judía en Londres en 1948, y pasó buena parte de su vida en Estados Unidos, donde daba clases en la Universidad de Nueva York y dirigió el Instituto Remarque. Vivió en un kibutz en Israel en su juventud, estudió los siglos XIX y XX en Francia, mantuvo un estrecho contacto con los disidentes de los países del bloque soviético y su obra más importante, *Posguerra* (2005), cuenta la recuperación de Europa occidental tras los desastres de la Segunda Guerra Mundial, y la caída de Europa oriental bajo el comunismo y su liberación. Murió el 6 de agosto, tras dos años de lucha con la esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad que le había paralizado de cuello para abajo pero no le impidió dictar hermosos ensayos autobiográficos, donde hablaba de su familia y su pasión por las palabras, su experiencia en Israel, la primavera del 68 en París y en Praga o su enfermedad. Recientemente ha publicado *Ill fares the land* (en septiembre saldrá a la venta su traducción al castellano, *Algo va mal*).

Judt no creía en una visión determinista de la historia. Pensaba que “las cosas salen de una manera porque la gente toma decisiones y actúa conforme a ellas”, que Europa pudo reconstruirse económica y políticamente tras olvidar su pasado y recordarlo después, y que el estado de bienestar sirvió para evitar los extremismos que habían sembrado la barbarie en el continente. Dominaba varias lenguas, conocía la historia militar y los datos económicos y sociales, pero prestó una atención especial a las manifestaciones intelectuales: mostraba

LA HEGEMONÍA DEL LIBRO DIGITAL

Los oráculos que predijeron la muerte de los libros esbozaron una sonrisa y le dijeron al mundo editorial “te lo dije” cuando Amazon anunció que, en su primer cuatrimestre del año, había vendido más libros electrónicos que libros de papel. La hegemonía de Amazon empieza a verse atacada por Apple y su maquinaria mercadotécnica. Los artífices del iPad dicen tener 22% del mercado, mientras que los pioneros de plataformas de lectura y librerías digitales, Amazon, se adjudican el 75%. Estas cifras, lo sabemos, no permanecerán así por mucho tiempo.

- Dinero generado en el primer cuatrimestre de 2009 por la venta de *ebooks*: 25,8 millones de dólares.
- Dinero generado en el primer cuatrimestre de 2010: 91 millones de dólares.
- Libros disponibles en la iBookstore de Apple: 60,000.
- Libros disponibles en la KindleStore, de Amazon: 650,000 (hasta julio del 2010).
- Número de iPads vendidos desde su lanzamiento en 2010: 3,3 millones.
- Amazon, que no da cifras de sus ventas del Kindle, bajó el precio del lector de 259 dólares a 139 a principios del año y asegura que sus ventas se han triplicado. —

(Fuentes: *International Digital Publishing Forum*, Reuters, Association of American Publishers, Amazon.com y Apple.com)

las dificultades que tuvieron películas como *Noche y niebla* y *Le chagrin et la pitié* en Francia como ejemplo de la dificultad del país para enfrentarse a su actuación en el Holocausto y retrató la ceguera de muchos intelectuales occidentales frente a las atrocidades comunistas. Dedicó algunas de las mejores páginas de *Pasado imperfecto*, *Posguerra* o *El olvidado siglo XX* a algunos de sus héroes: autores como Camus, Koestler, Sperber o Kołakowski. Algunos eran ex comunistas que combatían el totalitarismo soviético y constituían “la República de las letras del siglo XX”. Otros, como Raymond Aron, no habían sido comunistas, pero conocían muy bien el marxismo. Todos habían intentado pensar por sí mismos, habían luchado contra las ideologías totalitarias y habían adoptado posiciones impopulares.

Esa era la tradición en la que se reconocía Judt. “Creo que los intelectuales tienen un deber primario de disentir no solo de la sabiduría convencional de la época (aunque eso también) sino, sobre todo, del consenso de su propia comunidad”, declaró. En sus últimos textos hay cierta perplejidad: esos autores libraron batallas que parecen muy lejanas; los estudiantes de Judt no entendían *El pensamiento cautivo* de Miłosz porque no lograban imaginar la fascinación del comunismo.¹ Judt reivindicaba con razón a esos escritores, y señalaba el peligro de la seducción que el poder y la utopía ejercen sobre los intelectuales, pero hay un elemento que roza la nostalgia por esa época: cuando criticaba a Paul Berman o a Christopher Hitchens les reprochaba que hubieran encontrado en la lucha contra el fundamentalismo islámico un sustituto a los combates contra el fascismo y el comunismo de sus antecesores, pero luego los calificaba de “tontos útiles”, reciclando la taxonomía de Lenin como si él también estuviera buscando un enemigo a la altura de los del pasado. Participó en muchas polémicas y trataba a sus rivales con displicencia. Era muy crítico con

Israel, y en 2003 perdió algunos amigos y un puesto en *The New Republic* por un artículo² en el que afirmaba que ese país es “un anacronismo” que perjudica a los judíos en todo el mundo, y abogaba por un Estado binacional, siguiendo a Edward Said y contradiciendo algunas de sus propias tesis.

Judt también pertenecía a una tradición izquierdista clásica y democrática. Criticaba las actuaciones contra la regulación y el Estado de Thatcher, Reagan o Blair, así como la importancia que se concede a los índices económicos. Pero criticaba también el estancamiento de la izquierda tras la caída del comunismo. Era partidario de una socialdemocracia universalista, y pensaba que la izquierda se había encerrado en intereses de grupos particulares. Atacaba el relativismo cultural y buena parte del pensamiento francés de los años sesenta y setenta del siglo pasado (su perfil de Althusser en *El olvidado siglo XX* es demoledor). Vivía en Estados Unidos, pero defendía con matices el modelo de la Europa continental: aunque señalaba el peligro devorador del Estado, reivindicaba su papel como proveedor de educación, sanidad y transporte, y como corrector de las desigualdades económicas.

Algunas de sus advertencias parecen más urgentes ahora y sus puntos de vista quizá fueran más sorprendentes en Estados Unidos que en otros lugares, donde encajan en las posiciones más extendidas de la izquierda. A menudo, Judt era más convincente cuando trataba asuntos históricos que cuando diagnosticaba los problemas del presente. Pero muchos de los asuntos que le preocupaban son esenciales. Entre ellos están la función del Estado en las democracias, la forma de afrontar el pasado, la superación de los odios entre naciones y grupos étnicos, el respeto a la libertad y los derechos humanos, la superioridad de los modelos perfectibles sobre las utopías, o el papel de los intelectuales. Es una pena quedarnos sin su voz. —

— DANIEL GASCÓN

FIESTAS PATRIAS BICENTENARIO, CUENTA REGRESIVA

Si para fines de los festejos de la conmemoración del Bicentenario de Independencia tenemos en cuenta la concepción absolutista del tiempo de Newton que dice: “el tiempo, por sí mismo y por su propia naturaleza, fluye uniformemente sin relación con nada externo”, coincidamos entonces en que el 15 de septiembre de 2010 iba a llegar hiciéramos o no algo para recibirlo.

Conmemorar esta fecha se presentaba como una de las poquísimas oportunidades en las que México podía actuar de manera planificada y no reaccionando ante la coyuntura. Porque, ¡vamos!, sabíamos perfectamente cuándo iba a suceder. En 1990 faltaban veinte años, en 2000 faltaban diez, en 2005 faltaban cinco... y, en descargo de nuestro pesimismo, parte de las profecías del fin del mundo habían ya perdido su vigencia: el Y2K nos pasó de largo y la última fecha capicúa había sido el día 02 del mes 02 del año 2002 (el próximo año capicúa será el 2112). El 15 de septiembre de 2010 iba a suceder. Tuvimos décadas para pensar en nuestra conmemoración y planear los festejos, pero como creemos fielmente que el trabajo bajo presión es una virtud desperdiciamos nuestra ventaja de tiempo y esperamos a que las circunstancias nos fueran adversas.

Celebramos por decreto

6 años y 13 días antes del Bicentenario

El 2 de septiembre de 2004 los entonces senadores por el PRI Enrique Jackson Ramírez, Raymundo Gómez Flores y Tomás Vázquez Vigil presentaron ante el pleno de la Cámara de Senadores la iniciativa con proyecto de decreto por la que se declaraba al año 2010 como “Año del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana” y se creaba la Comisión Organizadora de dicha conmemoración.

1 <http://www.nybooks.com/blogs/nyrblog/2010/jul/13/captive-minds-then-and-now>

2 “Israel: The Alternative”, *The New York Review of Books*, octubre 23, 2003, vol. 50, número 16.

LOS GASTOS DEL BICENTENARIO

El monto autorizado de los recursos destinados a las celebraciones del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana que se cubrirán con cargo al Fideicomiso del Banco Nacional del Ejército, Fuerza Aérea y Armada de México para Bicentenario asciende a \$2,930,718,934.75 M.N. (IVA incluido).

Proyecto presupuesto	Aprobado
• Festejos 2008	\$28,000,000.00
• Festejos 2009	\$369,138,500.00
• Festejo 2010	\$797,052,231.55
• Promoción histórica	\$484,554,223.43
• Exposición "México 200 años"	\$164,522,553.93
• Exposición "Un paseo por la historia"	\$100,387,804.79
• Monumento	\$762,888,054.20
• Gastos operación 2008	\$64,798,263.65
• Gastos operación 2009	\$8,896,883.00
• Gastos operación 2010	\$6,480,420.20
• Galería nacional	\$144,000,000.00
Total aprobado en acuerdos	\$2,930,718,934.75

- Con Instantia Producciones, S. de R.L. de C.V., empresa que realizará el espectáculo del Bicentenario de la Independencia, se firmó un contrato por \$580,000,000 M.N. más IVA.
- Para la Gira Orgullosamente Mexicanos se celebró un contrato con la empresa Creatividad y Espectáculos, S.A. de C.V., con un costo total de \$166,009,812.00 M.N. más IVA.
- La construcción del monumento Estela de Luz, conforme a los instrumentos celebrados a la fecha con la empresa Ill Servicios, S.A. de C.V., asciende a \$595,249,974.43 M.N. más IVA.
- Se suscribió un contrato con TURISSSTE para la prestación del servicio integral del Teatro Urbano por un monto de \$76,696,000.00 M.N., más IVA.

Fuente: IFAI

El 19 de abril de 2005 esta iniciativa fue aprobada en la Cámara de Senadores y turnada a la de Diputados, en donde fue aprobada el 13 de diciembre de 2005. Seis meses después, el 16 de junio de 2006, Vicente Fox ordenó la publicación de este decreto en el Diario Oficial de la Federación. Lo que de cualquier manera iba a ocurrir (200 años después del día en que comenzó el movimiento de nuestra independencia sucederá el Bicentenario; 100 años después del inicio de la Revolución llegará su

Centenario) fue oficializado por Fox: 2010 sería el "Año del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana". Otro gran logro del foxismo.

La Comisión Organizadora

4 años y 3 meses antes del Bicentenario La Comisión Organizadora de la Conmemoración del Bicentenario del inicio del movimiento de Independencia Nacional y del Centenario del inicio de la Revolución Mexicana fue creada con

el decreto del 16 de junio de 2006. Y su objetivo ¿era/es/fue? coordinar los festejos de ambas conmemoraciones durante 2010. La Comisión se integraba por el presidente de la república o su representante, así como los representantes de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, la Cámara de Diputados, el Senado y el jefe de Gobierno del Distrito Federal.

Por invitación de Vicente Fox, Cuauhtémoc Cárdenas aceptó el 19 de junio de 2006 la coordinación general de esta Comisión Organizadora y renunció a ella en noviembre de ese mismo año por supuestas presiones del PRD (en septiembre de 2006 había tomado posesión como presidente de la república Felipe Calderón Hinojosa). Posteriormente Sergio Vela ocupó interinamente el cargo hasta el 17 de septiembre de 2007, y fue sustituido por Rafael Tovar y de Teresa, quien estructuró el proyecto general de los festejos, para luego renunciar a la coordinación el 25 de octubre de 2008 entre rumores que apuntaban a diferencias con Sergio Vela. A partir de esa fecha, José Manuel Villalpando, director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, presidió la Comisión imprimiéndole un sello de opacidad y despilfarro. El 21 de julio de 2010, 57 días antes de conmemorarse los 200 años del inicio de la Independencia de México, el presidente Felipe Calderón delegó la coordinación de los festejos a la Secretaría de Educación Pública. Nunca acabó de entenderse si ese cambio de última hora en la coordinación era un castigo o un premio para Villalpando, quien dejaba cuentas presupuestales en las que ya se habían comprometido 2 mil 900 millones de pesos y contando...

Festejos, celebraciones y conmemoraciones

2 años y 11 meses antes del Bicentenario

El 20 de noviembre de 2007 Rafael Tovar y de Teresa, a la cabeza de la Comisión Organizadora, presentó un Programa Base de 400 Acciones para el Bicentenario y el Centenario.

1 año 7 meses antes del Bicentenario

En febrero de 2009, Villalpando, al fren-

te de la Comisión, anunció que el programa que había presentado Tovar y de Teresa se había “movido y evolucionado, aumentado y cambiado de dirección algunas cositas [para] integrar en estos días el catálogo nacional de proyectos de las conmemoraciones [que] pronto verán en internet sustituyendo al programa base”.

1 año y 5 meses antes del Bicentenario

Finalmente en abril de 2009 se publicó el Catálogo Nacional de Proyectos. Este Catálogo incluye 2,428 proyectos divididos en ocho ejes: calidad de vida (158 proyectos), obras de infraestructura (371), celebraciones y actos cívicos (178), creaciones artísticas y patrimonio cultural (528), actividades académicas (295), editorial y materiales electrónicos (456), difusión de las conmemoraciones (225) y concursos y estímulos (217). Los proyectos están a cargo de 66 organismos (entre entidades federativas, organismos públicos descentralizados, desconcentrados, organismos autónomos y poderes de la federación).

De las obras de infraestructura, un porcentaje insignificante de los 371 proyectos fue incluido pensando seriamente en la construcción de un legado para las generaciones futuras. Primero porque buena parte de estos proyectos (265 para construcción, 106 para rehabilitación) ya estaban contemplados dentro de los programas de obra de cada organismo, y segundo porque atienden a demandas sociales y económicas propias de la federación (ampliar carreteras, sanear presas y señalizar carreteras) y tendrían que haberse planeado con Bicentenario o sin él.

La categoría menos nutrida del Catálogo es la denominada “Calidad de Vida”, algunos de cuyos proyectos no tienen desperdicio: regatas, encuentros de Taekwondo, Torneo Míster Playa de Fisicoconstructivismo y Fitness, y Carrera Indígena de Relevos.

15 días antes del Bicentenario

Si fracasamos en las reflexiones sobre la Independencia y la concepción de obras perdurables que nos trascenderán no hay ya nada que hacer. Faltan apenas unos días para el 15 de septiem-

bre. Ese día nos reuniremos en el zócalo, habrá música, danza, mariachis y 27 carros alegóricos resumirán los temas de nuestra mexicanidad (incluido el chachachá). Nuestro Bicentenario será eso: “la fiesta más grande y espectacular que se haya visto”. La buena noticia es que la cuenta regresiva marcará “100 años antes del Tricentenario” y tendremos otra oportunidad. —

— CYNTHIA RAMÍREZ

EXHUMACIONES CSI: CARACAS

La exhumación catódica y futurista del padre de la patria Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, mejor conocido como Simón Bolívar, es sin duda alguna la acción de gobierno de mayor complejidad simbólica que nos ha regalado el poder ejecutivo venezolano. Para quienes no vieron las imágenes de esta obra maestra del videoarte contemporáneo les recomiendo que se pasen por YouTube o googleen “exhumación de Simón Bolívar”; allí encontrarán material de la más rabiosa actualidad artística, algo que Nam June Paik, Bill Viola o Damien Hirst ya hubieran querido inventar.

Con la exhumación se perseguía: 1) Determinar si los huesos que descansan en el Panteón Nacional de Venezuela, atribuidos a Simón Bolívar son, en efecto, de Simón Bolívar y no de algún otro y menos famoso difunto. El presidente albergaba la sospecha de que la oligarquía colombiana había sustraído el cadáver con fines protervos. 2) Determinar si el Libertador murió, como dicen los médicos e historiadores, de tuberculosis, o si más bien fue envenenado con arsénico por la oligarquía colombiana. Esta hipótesis, que venía construyéndose desde hace algunos años en el más alto poder ejecutivo, fue blindada por la investigación de un profesional de la universidad de Johns Hopkins quien publicó en una revista americana la posibilidad del magnicidio.



Chávez y la manipulación de la historia.

Así, un sentido de epopeya científica pero también criminalística bañó de principio a fin el fantástico episodio. Por momentos uno no sabía si todo aquello ocurría frente a las costas del mar Caribe o en la imaginación anticipada del gran Andréi Tarkovski. Hombres vestidos con trajes quirúrgicos, de impecable blanco, guantes, gorros *ad hoc*, barbijos 3M. Una auténtica patrulla para desactivar bombas biológicas se encargó de abrir el ataúd de plomo y manipular el esqueleto en medio de las gloriosas notas del himno nacional de Venezuela.

Tomas aéreas, *travellings* y contrapicados multiplicaron la emoción de los espectadores que no sabían exactamente a qué género audiovisual estaban siendo sometidos. Tras retirar la bandera tricolor que lo cubría, el escuadrón especializado cortó el manto negro que servía de mortaja y al fin todos pudimos ver el cuerpo, los huesos, el fantástico esqueleto de nuestro padre de la patria.

Ahhh, el país entero fue un largo suspiro. Bolívar estaba allí, en ~~carne~~ y hueso, como de vuelta de las alturas de Boyacá, dispuesto nuevamente a librar la batalla por la emancipación de los pueblos. Aquel costillar ahora despertaba de un largo sueño y brillaba bajo la incandescencia de los *spotlights* de los camarógrafos.

Ante tanta intensidad, el presidente —vía su cuenta personal de Twitter, @chavezcandanga— pudo dejar para la historia el registro de su emoción: “Confieso que hemos llorado, hemos jurado. Les digo: tiene que ser Bolívar ese esqueleto glorioso, pues puede sentirse su llamarada. Dios mío [...] Dios mío, Dios mío... Cristo mío, Cristo Nuestro, mientras oraba en silencio viendo aquellos huesos, pense en ti! Y como hubiese querido [...] Cuanto quise que llegaras y ordenaras como a Lazaro: “levantate Simón, que no es tiempo de morir”. De inmediato recordé que Bolívar Vive!! [...] Bolívar vive Carajo!! Somos su llamarada!!”

Estas primeras impresiones dieron una enorme tranquilidad a la población venezolana pues prácticamente descartaban una de las principales premisas exhumatorias. Aquella osamenta, pues, sí pertenecía a Bolívar y no a un cadáver anónimo. Bendito sea.

La Sociedad Bolivariana de Venezuela no sabía cómo reaccionar ante tal avalancha simbólica. Algunos de sus miembros apoyaron la actuación forense, convencidos de que era una forma de honrar la historia; “una deuda histórica”, decían. Pero otros, ofendidos por lo que catalogaron como una apostasía, un sacrilegio, rugieron: “¡Se violentó el descanso del Libertador!” Expertos internacionales invitados por el gobierno declararon:

“Se han seguido las directrices internacionales de la ciencia y la investigación humana.” Otros, los más suspicaces, vieron en todo esto un halo de santería, la puesta en práctica del Palo Mayombe, una liturgia de origen bantú que se practica en Cuba y que ha ido ganando adeptos en Venezuela. Algunos bromistas especularon con que a partir de ahora iba a caer sobre la República una maldición bolivariana, semejante a la que acabó con la vida de Lord Carnarvon tras profanar la tumba de Tutankamón. Otros destacaron que la mejor forma de celebración del Bicentenario había sido exhumar a Bolívar y enterrar con honores a su amante Manuelita Sáenz, en referencia a los restos simbólicos de la prócer quiteña que el gobierno de Ecuador obsequió semanas atrás a la nación venezolana. Incluso la tataranieta del Libertador, la anciana señora Beatriz Bolívar Matos de Maldonado, denunció que la operación de exhumación de su famoso tatarabuelo había sido hecha sin su consentimiento: “nunca nos consultaron nada”. Por su parte, el Movimiento Bolivariano de Concientización Venezolanista, junto con otras increíbles y egregias asociaciones patrióticas, gritó a voz en cuello: “PROTESTAMOS Y REPUDIAMOS el irrespeto que constituye esta EXCECRABLE conducta para las instituciones históricas y culturales de Venezuela y para la

misma HONORABLE Y DISTINGUIDA FAMILIA BOLÍVAR Y PALACIOS, sea que vivan o estén difuntos.” No se habían enterado de que doña Beatriz seguía vivita y coleando a su setenta y siete años. No han faltado quienes, entusiasmados por los avances de la ciencia, llaman a una Gran Cruzada Exhumatoria que permita esclarecer pasajes oscuros de la historia venezolana y de paso contribuir a una mejor conservación de sus cadáveres más importantes. De hecho, ya se anunció oficialmente la pronta exhumación de la hermana de Bolívar, María Antonia Bolívar y Palacios, con el objeto de determinar el patrón genético y compararlo con el de su hermano. Pero sin duda los mayores beneficiados fueron los vecinos de la localidad de Quebrada Catuche, lugar del centro de Caracas donde se encuentra el Panteón Nacional. Ellos se congratularon al ver “que le han prestado más atención (al Panteón), han acomodado las áreas verdes y han pintado también”.

Junto a todo esto destaca una noticia vivificante: tras haberle practicado una tomografía computada al cráneo de Bolívar, ahora podremos, gracias a la aplicación de un software especializado, recomponer el verdadero rostro del prócer y así contemplar su imagen real, la verdadera, no la de los cuadritos al óleo, de idéntica forma como pudimos ver el verdadero rostro de Jesús luego de que renombrados científicos aplicaran todo el peso de la ciencia a su santo sudario.

Y en cuanto a lo otro, es decir, si fue o no asesinado Simón Bolívar por la oligarquía colombiana, habrá que esperar los resultados de las investigaciones. Por lo pronto sabemos que en el “Informe presentado por el Vicepresidente de la República, Elías Jaua [*sic*, por Jaua], al presidente Hugo Chávez donde se recogen los detalles de lo hallado y realizado en la exhumación de los restos de Simón Bolívar” se menciona, en el punto 4, entre otras actuaciones forenses no menos repugnantes, la toma de “una muestra del coxal izquierdo de la cara anterior donde se observó una lesión, posiblemente por secuela de tuberculosis”. —

— GUSTAVO VALLE

¿DE QUIÉN NOS INDEPENDIZAMOS?

En el año 2009, el estudio de opinión pública Latinobarómetro aplicó tres preguntas sobre el Bicentenario. La primera, referente al grado de conocimiento de los ciudadanos sobre la independencia de su país, preguntaba, en cada caso, ¿de quién se independizó este país? Solo el 43% de la región supo responder adecuadamente, excluyendo a Brasil. El país con el peor porcentaje de acierto fue República Dominicana, donde solo el 11% de los encuestados respondió correctamente, mientras que Chile fue el país con el mayor grado de acierto (71%).

Entre los cinco países cuyos bicentenarios se celebran este 2010, los niveles de conocimiento son muy distintos. Mientras Argentina (63%) y Chile (71%) cuentan con holgadas mayorías que contestan correctamente, Venezuela alcanza 55%, México 40% y Colombia 35%.

Estos datos contrastan con la percepción general en torno a la importancia de los bicentenarios. El 57% de los habitantes de la región manifestó que el Bicentenario es “Significativo”. Solo un 12% dice que no significa nada y el 11% no responde a la pregunta. En México, el 61% de los entrevistados considera que el Bicentenario es significativo. —

LITERATURA

MONTEVIDEO ENTRE PARÉNTESIS

Viajo a Montevideo vía Panamá, y alcanzo a ver, al aterrizar en mi escala, una parte del Canal: alguna esclusa con tráfico de barcos, construcción que me asombra no obstante verse diminuta desde el aire. Esa visión de diez segundos hace que valga la pena el itinerario: siempre he sido un impresionable cliente de las grandes obras de ingeniería, que a la belleza estructural le suman algo que una cuchara tiene pero no un poema: utilidad práctica.

Al descender del avión, ya en Montevideo, descubro que conmigo viajaba el escritor español Agustín Fernández Mallo, autor del “proyecto Nocilla” y de un ensayo que no voy a tener la oportunidad de comentar con él: *Postpoesía*, que de este lado del Atlántico fue recibido con sonrisitas condescendientes (hijos de Darío y de Nicanor Parra, creemos que ya nada nos sorprende). Apenas comienzo a platicar con él, aparece otro escritor español, Lorenzo Silva, y nos subimos a un coche para ir al centro de la ciudad. En el camino, creyendo que todos somos españoles, el conductor nos felicita por nuestro desempeño en el Mundial. Le aclaro que soy mexicano y que no tengo nada que decir sobre el tema, pero que él sí debe estar muy contento con su equipo. “¿Sho?”, responde, “sho no tengo por qué festejar un cuarto lugar, ¿viste?” Y con esa frase siento que aterrizo de veras en Montevideo.

Nos hospedamos en uno de esos hoteles en serie que son iguales aquí y en China, pero este tiene la particularidad de que todas sus habitaciones tienen vista al Río de la Plata, una inmensa masa de agua café con infusas de mar que hasta olas tiene. El viento se estrella contra el hotel y ulula fuerte: este sonido va a ser una constante en mi estancia. En el restaurante está Vicente Molina Foix, querido escritor español con quien me pongo rápidamente al

día. Lo dejo cenando y pido un whisky en el bar, en un vasito de plástico, para llevarlo a mi habitación, escribir un poco y dormir. “¿Pero cómo le voy a dar un vaso de plástico, caballero, tenga este”, y el barman me da un vaso de vidrio repleto de malta. La suma amabilidad montevideana también va a ser una compañía constante.

¿Por qué tantos escritores españoles en Montevideo? Porque los convoca el Festival Eñe de Literatura, que por primera vez tiene sede en América. Organizado por la revista *Eñe*, que a su vez es un proyecto de la gestora cultural española La Fábrica, el festival cuenta con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo y el Círculo de Bellas Artes de Madrid, y su sede es en esta ocasión el Centro Cultural de España (CCE) en Montevideo. Con mayoría española y uruguaya, al festival nos colamos algunos escritores de otras latitudes, incluidos el narrador mexicano Yuri Herrera y yo. Desayuno con Yuri, quien observa mi saquito café con ternura y me urge que vaya a comprar algo que me abrigue de verdad. Es cierto: brinqué del verano al invierno sin darme cuenta y no vine preparado. Salgo a congelarme a las calles de la Ciudad Vieja y de inmediato siento que habito el “esplín” de Herrera y Reissig:

Todas las cosas se visten de una
[vaguedad profunda;
pálidas nieblas evocan la nostalgia
[de París;
hay en el aire perezas de “cocotte”
[meditabunda.
Llenos están cielo y tierra de un
[aburrimiento gris.

Olvidemos París y sus *cocottes*, aquí la palabra clave es “gris”: sobre Montevideo parece gravitar un espesor plomizo, una tonalidad indecisa casi táctil, casi triste, casi algo que se resuelve en nada. Si va a durar tres días, ¡bienvenida la melancolía! Camino con el secreto entusiasmo de mi nuevo estado de ánimo y llego en tres minutos al CCE. Las distancias son minúsculas: toda la Ciudad Vieja cabe

en cuatro cuadras de la Nápoles. Sé que el centro no es todo Montevideo, pero no deja de sorprenderme su anclaje en un tiempo que no se parece al presente: todo tiene sabor de ayer, como si se le hubiera dado la espalda no al desarrollo sino al tiempo mismo. La burbuja temporal me resulta del todo placentera: he pasado de los cláxones al ulular de un viento entre paréntesis.

Cuartel general del festival, en el CCE me toparé con un montón de gente conocida y no. De Andrés Barba, otro escritor español, me separaré poco, al igual que del poeta argentino Washington Cucurto, “Cucu”, compadre genial que siempre carga consigo los libros de Eloísa Cartonera. Circulan por ahí Ricardo Piglia, Rodolfo Fogwill, Martín Caparrós, Mercedes Cebrián, Daniel Samoilovich, Alberto Anaut, Roberto Echavarren, Leila Guerriero, Javier Reverte y mucha gente más a la que no conozco. Me da mucho gusto ver al escritor boliviano Edmundo Paz Soldán, que vive en la ciudad universitaria de Ithaca, en Estados Unidos. Me dice que es, probablemente, el único escritor que no quiere volver a Ítaca...

Soy malo para tantos encuentros, abrazos, palmadas y carcajadas: adquiere una conciencia de mí que me vuelve torpe y termino por huir, respirar y volver siempre. El ritmo de estos festivales lo marcan mis arrebatos antisociales y el imán de la amistad. Este último me lleva a comer al Mercado del Puerto con Vicente, Andrés y el uruguayo Álvaro Brechner, director de cine. Al entrar a ese lugar sé que voy a volver cuantas veces pueda y que mi nivel de triglicéridos va a tocar techo: ¡un mercado de asados y parrilladas! Así es: los tres días comeré ahí. Y en la noche, al boliche Fun Fun, un destartalado y legendario bar donde se cantan tangos y se beben “uvitas”, combinación más o menos letal de vino, oporto y azúcar. Ahí conoceré a Ajo, “micropoetisa” española que encarna ella sola al barrio de Malasaña de Madrid.

Entre el Mercado del Puerto y el Fun Fun cabe la vida: las actividades del festival, las calles frías y grises de la

Ciudad Vieja, el ubicuo mate, las portentosas librerías de “usado”, la vertebral Avenida 18 de Julio y su sabor al DF de los setenta. Y no mucho más, que afuera de ese melancólico paréntesis el tiempo corre como siempre y hay que volver a los cláxones. —

— JULIO TRUJILLO

COLOMBIA NI VERDE NI ROJO

¿Dónde está Antanas Mockus? El filósofo y matemático de origen lituano y de cultura francesa que hizo tambalear el uribismo en las encuestas —llegaron a pronosticar su victoria— desapareció del mapa político de Colombia al día siguiente de su derrota en las elecciones presidenciales del pasado 20 de junio. ¿Fue el candidato verde flor de un día, estrella fugaz que se desintegró ante la despiadada realidad de un país azotado por la guerrilla y el narcotráfico? El triunfo arrollador de su adversario, Juan Manuel Santos, no deja mucho espacio para la duda: el 69% de los colombianos dieron su voto al heredero ideológico del presidente saliente, Álvaro Uribe, y de su “política de seguridad democrática”, que tanto éxito ha tenido contra los violentos.

El profesor Mockus, sin embargo, no está del todo desaparecido. El propio Santos se encargó de resucitarlo en su discurso de toma de posesión, el 7 de agosto, cuando se apropió descaradamente de los principales lemas de campaña del candidato del Partido Verde. “El respeto a la vida es un mandato sagrado”, aseguró el nuevo presidente. “Y que quede muy claro: Si alguien en su interior abriga la oscura intención de lucrarse con los bienes públicos, le advierto que no trate de hacer parte del Gobierno que hoy comienza. [...] ¡Vamos a gobernar en una urna de cristal! [...] No lo hacemos por presiones externas, sino porque nos nace de la más profunda convicción democrática, ética y humana.”

La similitud con los compromisos de campaña de Mockus no es pura coin-

cidencia, claro. Para que conste que se trata de un plagio con todas las de la ley, recordemos la consigna que machacó el candidato verde en todas sus intervenciones preelectorales: “Promovemos tres principios: la vida es sagrada, los recursos públicos son sagrados, la ilegalidad es dañina”, con la Constitución y un lápiz en la mano, símbolos de la legalidad y de la educación.

Santos es un político muy curtido —después de ejercer el periodismo en *El Tiempo*, la poderosa empresa familiar, fue ministro con tres presidentes y, como titular de la Defensa hasta el año pasado, dio golpes contundentes a la guerrilla— y sus promesas de transparencia pudieran ser pura retórica. Lo sabremos más adelante, pero el solo hecho de que haya integrado esos conceptos en su agenda de gobierno indica que el discurso ético del candidato verde ha calado hondo en el país.

Además de seducir a muchos de sus compatriotas, la propuesta de Mockus de buscar “una nueva forma de hacer política” suscitó un gran interés en el extranjero, y varios académicos prestigiosos le aportaron su apoyo con una carta abierta. Entre los firmantes figuraban Jürgen Habermas, teórico de la “democracia deliberativa”, o Elinor Ostrom, premio Nobel de Economía 2009 por su trabajo sobre la gestión colectiva de los recursos naturales.

Para todos ellos, Mockus era el hombre que, siendo alcalde de Bogotá, había llevado a la realidad las teorías que han desarrollado en sus investigaciones. “El núcleo de su aproximación imaginativa y única a los problemas urbanos —desde el ahorro de agua hasta la protección de la vida— es una idea simple y poderosa. [...] Dejamos que los ciudadanos se hagan responsables de acuerdo con los principios renovados de la cultura ciudadana”, decían en la carta.

Antes de ser electo a la alcaldía, Mockus había sido en 1993 rector de la Universidad Nacional, donde había destacado por sus excentricidades, como bajarse los pantalones y enseñar el trasero a unos estudiantes que no le dejaban hablar. “El comportamiento



Un candidato con ideas.

innovador puede ser útil cuando te quedas sin palabras”, dijo entonces. Fue, sin embargo, con su llegada al ayuntamiento de Bogotá —ejerció dos mandatos: 1995-1997 y 2001-2003— cuando pudo poner en práctica su programa de “cultura ciudadana”.

Bogotá era entonces una ciudad caótica —lo sigue siendo, pero hoy, además, es una capital cultural— y la tasa de criminalidad era altísima. Con una buena dosis de autoritarismo, uno de sus rasgos menos conocidos, Mockus despidió a todos los agentes de la policía municipal para acabar con la corrupción en ese cuerpo y obligó a los taxistas a renovar sus vehículos (estos no se lo han perdonado y han votado en masa por Santos en las elecciones de junio). Para compensar la falta de policía, el nuevo alcalde contrató a un ejército de mimos y saltimbanquis para “educar”, con más o menos éxito, a los conductores y peatones, cuya insuperable incivilidad provoca gigantescos trancones (atascos).

“La autoridad hay que aplicarla en la pedagogía, más que en la fuerza,

porque eso es lo que la hace legítima”, dice Mockus. Aplicó este criterio en la campaña de “ahorro voluntario” de agua e, incluso, para sugerir a algunas familias acomodadas que pagasen espontáneamente un suplemento fiscal. “Me encanta que los estratos altos me favorezcan en las encuestas porque tengo más autoridad para pedirles más impuestos y lograr un esquema que reduzca la desigualdad”, comentó en su blog cuando ya era candidato a la presidencia.

Su gran éxito fue la “Ley Zanahoria”, que restringió los horarios de los bares y de las discotecas para luchar contra la criminalidad. En pocos años, la tasa de homicidios cayó de 80 muertos a 18 por cada 100,000 habitantes. Esa reducción pasmosa fue el resultado de medidas coercitivas y de la colaboración ciudadana a través de las campañas de *crowd-actividad* (en Colombia se llama sapos a los soplones). Para “romper la ley de silencio”, las autoridades invitaban a la población a marcar un número de teléfono para denunciar la presencia de gente armada en su vecindario.

A partir de su experiencia en el ayuntamiento de Bogotá, Mockus ha desarrollado lo que él llama una “cultura zanahoria”, un término del argot colombiano para definir los comportamientos o a los individuos sanos. En Colombia, asegura, “hay mucha gente con el *chip* zanahorio, como yo llamo a la mentalidad de obedecer las normas, ser laboriosos, entregar las tareas a tiempo y no hacer trampa. Pero también hay gente con el *chip* remolacha, el *chip* que le autoriza a hacer trampa”.

Los resultados de las elecciones presidenciales parecieran indicar que la cultura “remolacha” arrasa. ¿Cómo explicar que las encuestas pronosticaran una victoria del candidato verde, cuando se sabía que sus simpatizantes estaban concentrados en las clases más acomodadas y, por ende, minoritarias? ¿Y esa *mockusmania* que se apoderó de tantos columnistas e intelectuales de izquierda, colombianos y extranjeros? Sin olvidar a los cientos de miles de jóvenes que hicieron campaña a través de las redes

sociales de internet. “Cada uno veía en Mockus lo que quería”, explica un asesor de Santos, “y, cuando tuvo que definirse en los debates, se le vio titubeante en sus respuestas. La gente fantaseaba y volvió a la realidad”.

La izquierda, cuya prioridad era impedir la victoria de Santos, intentó subirse a la ola verde después de que su candidato, Gustavo Petro, fuera derrotado en la primera vuelta. En respuesta a una oferta del Polo Democrático Alternativo, que le proponía su apoyo electoral a cambio de un acuerdo sobre el programa, Mockus no dudó un segundo: “Ni al Polo le conviene aliarse con los verdes, ni a los verdes aliarse con el Polo. Cada loro en su estaca.”

Ni rojo ni verde, Mockus es un electrón libre. “A veces soy un poco impredecible”, suele decir con esa sinceridad que le permite declarar su “afecto a Estados Unidos”, su admiración por Angela Merkel o su indignación ante la “cultura del atajo y del todo vale” que justifica cualquier medio, incluso ilegal, para combatir el crimen o la guerrilla. Fue un candidato de lujo, que no dudaba en citar a Kant, Kafka y hasta Céline entre sus autores preferidos. Dio altura a la campaña electoral y le agregó un elemento conciliador que el país necesitaba ante una situación muy polarizada. Lo más probable es que nunca llegue a la presidencia, pero se ha ganado a pulso el respeto de muchos colombianos. —

— BERTRAND DE LA GRANGE

CINE

PSICOSIS: CINCUENTA AÑOS

Todo ocurre en blanco y negro. Una mujer toma una ducha en el baño de un motel ubicado a un lado de una carretera olvidada. A través de la cortina el espectador atisba una sombra. Relampagueante, un cuchillo aparece en escena. La mujer muere apuñalada mientras, en *off*, los violines parecen afilar aún más el arma

y desgarrar nuestros oídos. La sangre se pierde en el desagüe. La cámara voyeurista se acerca lentamente al rostro inerte de la víctima hasta detenerse en el ojo inmóvil. Se trata, por supuesto de la clásica escena del primer asesinato de *Psicosis* de Alfred Hitchcock. Sobre esta secuencia se han escrito más páginas que sobre la mayoría de la historia del cine: la sangre es en realidad sirope de chocolate. ¿Cómo se hizo la toma directa a la regadera abierta? La actriz convertida en maniquí repitiendo innumerables veces la secuencia de la muerte de su personaje, el ojo de la mujer como metáfora de arte cinematográfico, su capacidad petrificante, medusante: a fin de cuentas ¿vemos un filme o este en realidad es el que nos observa?

Afirma Borges que cincuenta años es la cifra básica que requiere un libro para saber si ha perdurado. Probablemente esto se pueda aplicar al cine. Hace medio siglo Alfred Hitchcock filmó una de las piezas fundamentales de la historia del cine. Nos referimos a *Psicosis*, esa extraordinaria fábula freudiana que marcaría el arte cinematográfico posterior.

INTERNET HA MUERTO

La revista *Wired*, autoridad en temas de tecnología, ha publicado un dictamen tan interesante como contraintuitivo: internet (la World Wide Web) ha muerto. Lo de hoy son las aplicaciones específicas, las plataformas semicerradas que sustituyen el modelo de indiscriminada apertura de los buscadores por un esquema (el de los dispositivos móviles) en donde el usuario no necesita “navegar” al acaso de los vientos cibernéticos sino que recibe el contenido que le interesa —y nada más el que le interesa. Este desplazamiento en las tendencias digitales presenta además otra ventaja: los modelos de negocios en los dispositivos móviles (teléfonos, iPad, Kindle, etc.) resultan mucho más efectivos que en internet. Dice el ya polémico artículo: “El delirante caos de la red abierta fue una etapa adolescente subsidiada por gigantes industriales que pugnaban por abrirse paso en un nuevo mundo.” —



Hitchcock detrás de escena.

Sin lugar a dudas *Psicosis* es una de las películas emblemáticas de Alfred Hitchcock. Por su eficaz manejo de la foto en blanco y negro, sus recursos provenientes del *film noir* y del expresionismo alemán, el filme puede verse como obra visionaria plena de elementos que sirven como base a cintas actuales como *Hostal* o las diversas versiones de *Masacre en Texas*. Basado en la novela homónima de Robert Bloch —integrante del círculo de Lovecraft—, el filme es una alegoría relato sobre las relaciones siempre turbulentas entre el dinero, el deseo y la muerte: el triple de ases del psicoanálisis.

La trama no puede ser más minimalista: Marion (interpretada por Janet Leigh), una empleada solterona de una

agencia de bienes raíces, roba cuarenta mil dólares para casarse con su mediocre amante (personificado por John Gavin). Los hechos que se desatan a partir del robo la conducen a un destino inevitable. En un hotel perdido en la carretera se encuentra con Norman Bates, un Anthony Perkins insuperable: un asesino serial que ha matado a su madre, al amante de esta y a varias víctimas más. A partir del matricidio atroz, Bates toma la personalidad de la madre. *Psicosis* es un verdadero banquete freudiano. Pero por desgracia para el psicoanálisis, y para fortuna de Hitchcock, su obra maestra permanece refractaria a cualquier interpretación.

Hitchcock filma una de sus obras emblemáticas a partir de esta trama simple y aparentemente circunstancial. La banda sonora, plena de elementos siniestros, compuesta por Bernard Herrmann, es ya un clásico del uso del sonido como elemento expresivo circunstancial a la obra cinematográfica.

Psicosis fue filmada con un bajo presupuesto con cámaras de 35 mm, lo que a la larga le dará al film un tono intimista que lo convertirá en un clásico de la cinematografía mundial. Su protagonista, el actor Anthony Perkins, quedó marcado para siempre en esta obra. Solo la maestría de Orson Welles logró salvarlo del olvido al seleccionarlo para interpretar a Josef K para su hasta hora insuperable versión de *El proceso*, de Franz Kafka.

Los críticos han encontrado similitudes entre el asesino de *Psicosis* y Ed Gein, un asesino serial muy famoso de la época, y sus ecos llegan hasta obras cinematográficas posteriores como *El silencio de los inocentes*, de Jonathan Demme.

Pero los ecos entre la literatura y el cine en *Psicosis* van mucho más allá de la adaptación. La historia de la madre de Norman Bates nos remite al clásico relato “Una rosa para miss Emily” de William Faulkner, uno de los cuentos clásicos de la literatura norteamericana, donde una mujer asesina a su amante y lo mantiene momificado en su lecho nupcial. La referencia no es casual: se

trata de un guiño de Hitchcock que remite a esa zona del gótico americano que tanto le obsesionara. Como Baudrillard y Herzog, Hitchcock ve en Estados Unidos una zona exótica donde todas las patologías son posibles.

Los cuarenta mil dólares del robo inicial nunca son hallados, las verdaderas motivaciones del asesino son absurdas e insustanciales. Hitchcock se sitúa en una zona expresiva muy cercana a la literatura del absurdo que recuerda a Beckett o a *El extranjero* de Camus. Meursault y Norman Bates son miembros de la misma especie: matan porque no tienen otra salida.

Atrapados en el absurdo de sus existencias los personajes remiten a clásicos del cine negro norteamericano, como *Touch of evil*, de Orson Welles, o a los filmes norteamericanos de Fritz Lang.

En 1998 Gus Van Sant intentó una parodia borgesiana al filmar, cuadro por cuadro, la obra de Hitchcock con las actuaciones de Anne Heche y Vince Vaughn. Este *remake*, absurdo desde su concepción, solo sirvió para relanzar el filme original. Lo mismo sucedió con las secuelas de *Psicosis*, todas ellas baladíes e insustanciales. La maquinaria hitchcockiana es irrepetible. *Psicosis* es una obra maestra del minimalismo cinematográfico. Ni la explicación psicoanalítica, ni las interpretaciones de teóricos como Slavoj Žižek —cuyo abuso lacaniano no puede ser más esquemático—, pueden penetrar el universo planteado por el Maestro del Suspenso.

Como afirma Gilles Deleuze, el cine es una manera de filosofar, de pensar. La antropología hitchcockiana es irrefutable. Su visión del individuo, al que observa como un ser imprevisible, lleno de fantasmas y demonios en un universo donde impera el mal, lo acerca más a Schopenhauer que a Freud. Norman Bates actúa movido por una Voluntad que lo sobrepasa en un universo donde impera el Mal.

Norman Bates, en su alteridad esencial, permanece como uno de los antihéroes inolvidables, y esenciales, de la historia del cine. —

— MAURICIO MOLINA